

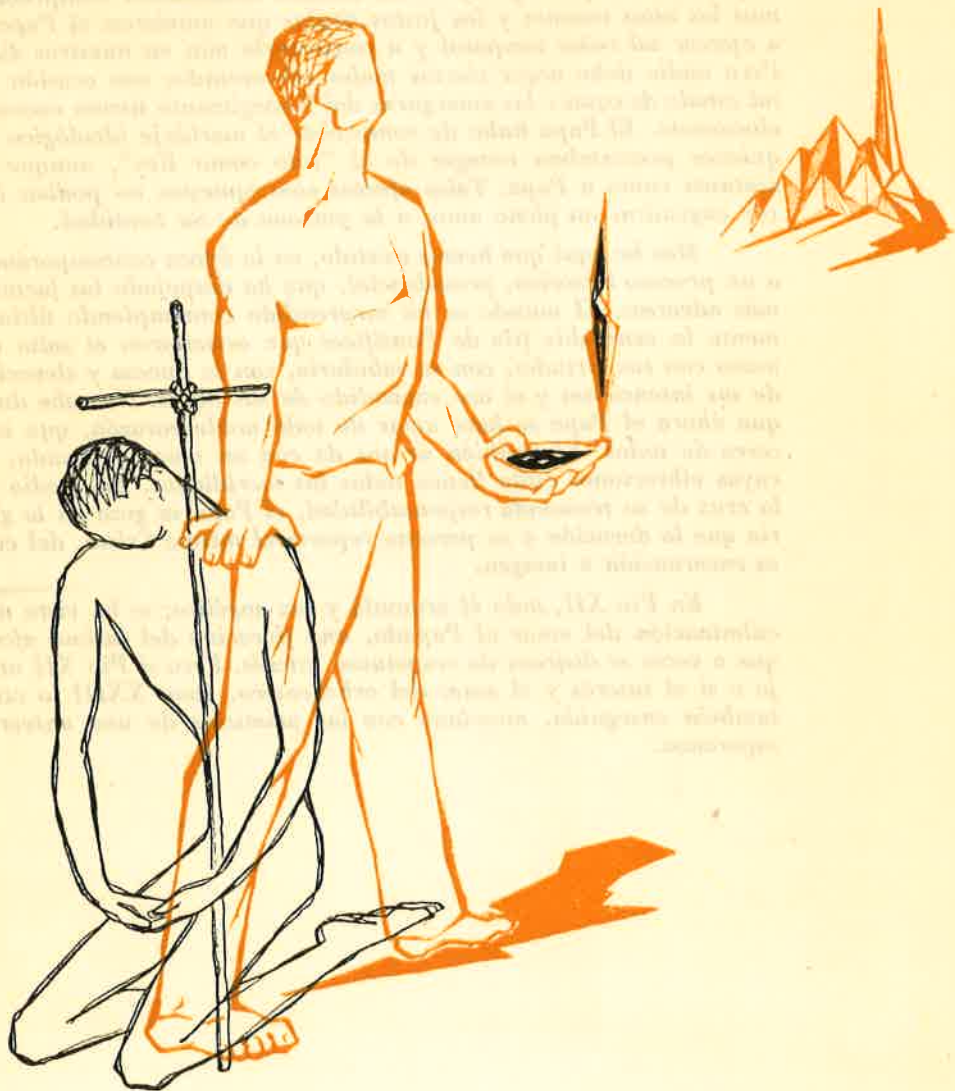
DE LA RESIGNACION

Carlos G. Hirschfeld, S. I.

EN la vida, no le demos vueltas, hay dolor para todos los hombres: un catálogo sombrío de tristezas, desgracias y desesperanzas. Pero no es cristiano vivir sin más la tristeza; lo cristiano es afrontarla, superarla. Y aquí apunta la dificultad: porque si realmente lo cristiano es resignarse, ha-

brá que decir que lo difícil es ser cristiano. Pero cristiano hay que ser: con el convencimiento de que siempre esa profesión entrañará "un vuelco y un desgarramiento" (1).

Tal vez Dios dejó caer el dolor sobre los hombres para medir el héroe que llevábamos dentro. Tal vez: po-



A LA ESPERANZA

dría ser hasta una hipótesis bonita. Pero la realidad de la vida es que el dolor palpita debajo de cada techo. Una estadística fría nos hablaría de suicidios, de familias deshechas, de hijos abandonados, de viviendas inhumanas, de muertes, de trabajos... Sobre este sufrimiento, para el que la lengua no se cansa en buscar nombres (tristeza, melancolía y pena; desesperación, angustia, mala suerte, infelicidad, escrúpulo, muerte, pecado...) caen fríamente esas palabras nuestras: esa invitación a la resignación, ese consejo de paciencia. Pero ¿cuántas veces hemos consolado a quien dijimos que fuese paciente?

En busca de la paciencia

Decir que Dios lo permite todo, que hay que conformarse con su voluntad, que Dios es bueno y sabe lo que hace..., decir esto, con ser mucho, es poco: no consuela, mejor, no convence. Y no porque falte calor a nuestras palabras, sino porque sobra dolor en la carne ajena. Y el dolor, la llaga, la tristeza no quieren palabras, reclaman una fuerza interior: la paciencia. La paciencia, que, como virtud, es difícil de entender, pues la imaginamos quieta, mustia, callada y, por ello, sufrida. Y, claro, la perspectiva de un remedio que en sí mismo va a traer más sufrimiento tampoco halaga. La paciencia, así en frío, no convence.

La paciencia necesita adentrarse ella sola por un camino nuevo personal: adentrarse con los brazos abiertos y la cabeza inclinada y decir: "Señor, aquí me tienes, quiero ser bueno, Tú lo sabes, pero...". Es decir, necesita descubrir a Dios: aceptar el dolor y con él

(1) JACQUES LECLERQ, *Diálogo del hombre y Dios*, Ed. Desclée de Brouwer, B. Aires, 1938, pág. 159.

en su carne, acercarse cada mañana para ofrecer su misa, su sacrificio.

Ese hombre, esa mujer, que ha aceptado en su carne el dolor ha dado a su vida una altura muy superior a toda sabiduría humana: se ha adentrado en la médula de la vocación a la santidad que palpita en toda vocación cristiana (2).

El hombre, la mujer, que así acepta el sufrimiento se puede llamar de verdad *cristiano*, porque ha empezado a ser *paciente*.

El encuentro con Dios

"La llaga misteriosa del conocimiento del dolor se había abierto: de ella manaba una caridad más humana, la que descubre a Dios en el hombre...". Así encuentra BERNANOS (3) a Dios; así, igualmente, el dolor —el propio y el ajeno— descubre a Dios: lo reconoce arriba de nosotros mirando y comprendiendo, situado en un mundo superior del que parten todas esas vías humanas: las de la alegría y la tristeza, las del dolor y la felicidad. Aunque conviene aclararlo: la mayoría de los hombres tienen poca felicidad; lo más que consiguen es una especie de ausencia de dolor celosamente conservada (4).

Una vez vislumbrado Dios tras el sufrimiento (5), el hombre de paciencia se va adueñando de su gran verdad: su filiación divina adquiere un precio nue-

(2) BIOT R. y GALIMARD P., *Guía médica de las vocaciones sacerdotales*, Desclée, B. Aires, 1948, pág. 35.

(3) *La alegría*, Col. El Diablo, Escelicer, Madrid 1955, pág. 52.

(4) JACQUES LECLERQ, o. c. pág. 119.

(5) Sobre el sentido del dolor en la vida, escribió en esta revista V. LUQUE: *El dolor como situación límite* Proy. 14 (1957) 169-175.

vo y atrayente (6), su fe se ahonda (7), y se desenvuelve en ese clima extraño de los santos (8), cuando el dolor sirve de trampolín para la ascensión espiritual; entonces se busca y se abraza el sufrimiento, se desea padecer, se habla o se vive como S. Juan de la Cruz o Santa Teresa.

Pero hemos ido demasiado lejos. En la realidad hiriente que palpamos en la vida lo que sigue habiendo es dolor y malestar, y lo que seguimos hablando son palabras, solas palabras.

El talante del que sufre

El hombre puede encontrarse o no con Dios, puede calar hondo, en el sentido providencial del dolor sobre la tierra, pero mientras no haya alcanzado esa situación de privilegio, la vida, con su pesar, se le hace dura y las palabras suenan como dichas en un idioma extraño.

Lo que el hombre necesita saber es que la realidad ontológica de su sufrimiento lleva consigo una renuncia a la propia alegría. La postura cristiana entonces —y además la inteligente— es hacer esta renuncia en manos de Dios, con la conciencia del que entrega el último céntimo de su haber. Se siente entonces bruscamente la desgracia y la pena, y brota ese “duende del alma” (9), la melancolía, que con su regusto amargo, vuelve al hombre sobre sí mismo, lo hace saborear su silencio, del que otra vez nace el recuerdo de un agudo sufrimiento. Este juego de renuncia y melancolía, ensimismamiento y recuer-

dos, para volver otra vez a la renuncia es lo que damos en llamar *resignación*.

Resignación, mejor: Paciencia

Natural, que el hombre que por sí mismo ha llegado a la resignación no necesita palabras de consuelo, porque gradualmente se ha colocado en un plano superior al que nuestras voces llegan muy apagadas. Su vida interior le sobra y basta. “Ha sustituido su alegría por el recuerdo de un sufrimiento agudo” (10). Pero a este “resignado” yo no le llamaría aún paciente. Resignado se *podría* ser (¡entendámonos!) de espaldas a Dios, paciente no. El hombre paciente es el que mira a Dios, el que comprende de un golpe de vista el sufrimiento: ese cristal transparente tras el que Dios se enmarca. Contra la paciencia puede estar la tristeza, sobre la paciencia nunca. En cambio, la tristeza puede dominar al resignado.

El hombre paciente, con sus ojos abiertos a la vida y a todas las realidades de su existencia, sufre y se acuerda de Dios, sufre y ama a Dios, sufre y desea y espera y confía... De un resignado pasivo o entristecido se nos ha convertido en un cristiano militante. No es la paciencia un estoicismo parado (11), no un simple aguante; sino una energía (12) capaz de romper el cerco que nos había cerrado el dolor y, con el dolor, la tristeza. Y esta superación de la tristeza por la paciencia ¿no nos lleva de la mano hasta ese desconocido campo de la *alegría cristiana*?

La alegría de los cristianos

Hemos dado con una palabra peligrosa. La alegría se entiende mal: entre la risa, la buena vida, la diversión... Pero había que preguntar quién es más alegre: si el que ríe estrepitosamente o el que sabiamente sonríe. La alegría cristiana está más bien en ese campo de la sonrisa: que no es un modo supe-

(6) «Muchos padecen martirio en el lecho... Tendido en la cama yace un cristiano, es atormentado con dolores, ora, no es atendido: Sí, es atendido, pero se le prueba, se le ejercita, se le flagela para ser recibido como hijo». SAN AGUSTIN, *Sermón* 286, 8, 7; M. L. 33, 1300.

(7) «Hacedlo todo sin murmuraciones ni discusiones, para que seais irrepugnables, hijos de Dios sin tacha...» (Phil 2, 14).

(8) «No piense otra cosa, sino que todo lo ordena Dios... S. JUAN DE LA CRUZ, *Obras*, Carta a M. de la Encarnación, carta 22, BAC Madrid, 1950.

(9) LEOPOLDO PANERO, *Escrito a cada instante*, La melancolía 27, Madrid 1951.

(10) JORGE BERNANOS, O. c., pág. 99.

(11) E. VANSTEENBERGHE, *Patience*, Dictionnaire de Theologie Catholique, XI.

(12) STO. TOMAS, 2, 2, q. CXXXVI, a. 4, ad. 3.

rior de colocarse ante los demás, ni un orgullo contenido; nada de eso. Porque el hombre que ha sufrido o está sufriendo —que es del que hablamos— en la resignación y en la paciencia se ha curado del orgullo. Es ése un paso anterior a la alegría, de manera que cuando vino ésta, el orgullo había sucumbido ante la virtud.

La no-alegría de los descontentos

Frente a esta sabia sonrisa, frente a este llevar ecuanímente el mal que nos da la vida (13), que es la paciencia, está el mundo incontable de los descontentos: que es el mundo de los que no han encontrado su sitio, de los que no han encontrado su vocación, como bellamente dice LIPPERT (14). Hay, pues, un modo de estar alegres: el de aquellos “que saben que la luz que entra por su balcón cada mañana viene a iluminar la tarea justa que les está asignada en la armonía del mundo” (15). Ser feliz porque tiene uno su misión concreta en el mundo, es serlo porque ha conformado su vida con la voluntad de Dios. Y para esto no se requiere mucho discurso, sino cumplir llanamente, sacarle el mayor partido posible a cuanto tenemos entre manos: aceptar valientemente la misión a uno confiada, con sus inconvenientes y sus pesares y sus malos momentos; dar el buen ejemplo de cristiano, vivir el testimonio.

El hombre que pierde su *vocación interna* (16), su destino, no puede vivir sin culpa: ni puede estar alegre ni tiene derecho a quejarse... Porque ¿contra quién esa queja? El hombre, así infeliz, no tiene más salida que un arrepentimiento eficaz: poner en orden sus cosas, poner de una vez en marcha su existencia, “hasta dar a su vida el sentido recóndito y santo que Dios pre-

tende” (17), y de este modo ser feliz en la tierra. No hay otro camino.

La no-alegría del que flaquea en la fe

Pero puede un hombre haber encontrado su vocación, haber sido fiel a su destino y todavía ser un impaciente, un siempre inquieto, un descontento. Es el momento de examinar su fe. La fe que va más allá de las cosas; que pregunta y obtiene respuesta tácita del orden del mundo, del último por qué de los sucesos. Alcanzar a comprender que la vida tiene un orden, *el suyo*, querido o permitido por Dios, es un concepto que ha de entrar por ósmosis en la vida de cada cristiano. No vale predicarlo. Hay que vivirlo, sentirlo, creerlo, aceptarlo sin más. Que al herirnos con nuestra propia desgracia se nos despegue la mirada hasta el cielo. Con la sublimidad de aquel diálogo de LA STRADA:

—“Todo sirve para algo.

—¿Para qué sirve una piedra?

—Yo no sé para qué sirve una piedra. Pero si una piedra no sirve para nada, nada sirve para nada. Ni las estrellas”.

¡Esto es ponerse en camino para comprender tantas cosas! Esto es ser paciente con el desorden aparente que Dios da a las cosas, aunque este desorden nos suba por las venas, amargamente, hasta el corazón.

Teología de la paciencia

Del hombre que sufría hemos hecho un cristiano alegre. Pero estamos a mitad de camino, mientras no veamos a ese cristiano confiadamente entregado en las manos de Dios. El soporte para nuestra paciencia es la alegría, el fundamento de nuestra alegría es la esperanza; el fundamento de nuestra esperanza, la fe y el objeto de nuestra fe, ya lo sabemos: Dios. Así, de un salto, nos hemos colocado junto a El, a través del dolor y el desconsuelo.

La paciencia, caridad

Que la paciencia sea cuestión de amor, lo enseña la vida. Cada uno sabe

(13) SAN GREGORIO MAGNO, *Homilía sobre Evangelio XV* (35), BAC Madrid 1958, pg. 727.

(14) PETER LIPPERT, *De alma a alma*, Herder, Barcelona 1953, pg. 64.

(15) PRIMO DE RIVERA J. A., *España Incomoda*, Ed. Nacional, Madrid 1945, pg. 605.

(16) Ver nota 14.

(17) LIPPERT, o. c. pg. 65.

lo que soporta por bien de paz y por amor. Los malos toleran los mayores infortunios en la medida que tienen apego a los bienes de la tierra y los buenos "tanto son más espléndidos en el sufrimiento, cuanto mayor es su amor a Dios" (18). Es cuestión de amor, de un amor especial, que Dios pone en nosotros "per Spiritum Sanctum": esa caridad derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos dió, de que habla S. Pablo (Rom 5,5).

La paciencia, fe

Esta verdad de la relación de la paciencia con la fe (19), de nuestro dolor con el Dios que padeció por nosotros, no es al acaso sino que entra de lleno en el plano providencial que Dios tiene señalado al hombre en la tierra. Será duro, pero hay que sufrir para que Dios se acerque a nosotros. Los momentos amargos de la vida son, con frecuencia, preludio de bendiciones de Dios sobre el alma (20). Pero del alma que está acostumbrada a vivir de fe. Porque ocurre que queremos sufrir con un billete de banco en la mano, para que Dios, al cambio, nos dé lo que necesitamos...; sin saber que lo que necesitamos es, por lo pronto, *paciencia*, que va dentro del dolor; es *alegría*, que va unido a la paciencia; y es *fe*, que es ambas cosas juntas, y es nuestra misma vida escapándose de aquí abajo por *esperar* lo que está arriba.

La paciencia: esperanza

Eso es la fe: la sustancia, el soporte de nuestra esperanza (Hebr 11, 1). Y la esperanza es el Señor, Cristo Jesús,

(18) S. AGUSTIN, *De la paciencia*, 17, 14, Obras XII, BAC Madrid 1954.

(19) «Suele la paciencia seguir y acompañar a la fe (...) Probó Dios la fe de Abraham, probándole su paciencia». TERTULIANO, *De la Paciencia*, VI, Ed. Aspa, Madrid 1947, pg. 69.

(20) Esta verdad entra tan de lleno en la doctrina ascética tradicional de la Iglesia, que ni siquiera nos detenemos a explicarla. Nuestra misma sinceridad y tal vez nuestra experiencia nos dirán más que muchas palabras escritas.

que nos hace sobrellevar todo padecimiento (21). Aunque haya momentos en que el cerco del sufrimiento atenace atrozmente y la conciencia se nos queje y afile tanto su quejido que parezca se olvida de Dios. El cristiano puede sentir el dolor íntimamente, la voz de su conciencia puede venir hasta él cansina y tristemente, pero su corazón y su deseo están en Dios mientras viva su esperanza. Ya hubo quien expresó esto mismo bella y literariamente: "Felices los que se reúnen para amar a Dios en la tristeza *sin pecar contra la esperanza*" (22).

Otra vez la alegría

El dolor nos ha traído hasta la alegría. Nos podría llevar también hasta los pies de un monte de Palestina donde Cristo, hace tiempo, predicó insistentemente: "*Bienaventurados los pobres, los mansos, los que lloran, los que tienen hambre...*" (Mt 5, 1-12), los que *aguantan* (que ésa es la palabra). Todos esos son felices, hombres dichosos: encarnados en Cristo, seres un tanto extraños, si queremos; sellados y facturados para el único, definitivo viaje. Porque la paciencia —esa alegre resignación— los ha hecho hasta el fondo semejantes a Cristo.

Todo esto nos ayuda a entender a S. Agustín (23) cuando al hablar del cristiano dice que "es *hombre* y esto es lo que tiene de común con el hombre; y es cristiano, y esto es lo que distingue de muchos. Y es mejor ser cristiano que ser hombre, porque el ser cristiano es una regeneración de la imagen de Dios en el hombre". Así comprendemos el complejo hombre-cristiano: en donde el hombre sufre e incluso llora y se queja, pero el cristiano se une a Dios, se eleva un poco; aguanta y se

(21) «*si abundan los padecimientos de Cto. sobre nosotros, igualmente, gracias a Cto., abunda nuestra alegría*». (2 Cor 1, 5).

(22) BERNANOS, o. c. pg. 94.

(23) S. AGUSTIN, *Comentario al Ev. de S. Juan*, 5, 12, Obras XIII, BAC Madrid.

supera: "y es mucho mejor ser cristiano que ser hombre", aunque sea más duro y más difícil.

También le fué difícil a aquel otro HOMBRE, de quien Pilato dijo: "*He aquí un hombre*" (Io. 19,5), cuando era la imagen real y auténtica de la paciencia. Más acertado hubiera sido decir: "he aquí el primer cristiano": el primer hombre que puso la paciencia a una altura tal de virtud, que con sólo su ejemplo ha hecho que muchas imágenes de dolor se conviertan en otros tantos Cristos por la tierra.

Ser cristiano: hombre de fe, de esperanza, de caridad; hombre que vive de Cristo, *que se fatiga y lucha, pues tiene puesta la esperanza en Dios viviente, Salvador de los hombres* (1 Tim 4,10), a quien "*basta la gracia de Cristo*" (2 Cor 12,9), consciente de la "*necesidad de padecer, a fin de que, cumplida la voluntad de Dios, pueda alcanzar las promesas de la otra vida*" (Hebr 10,36).

Esa alegre esperanza, que es la Iglesia

Vamos a detenernos un poco y ordenar las cosas. La vida tiene sufrimientos, mayores o menores: cada cual estimará el suyo como el más urgente, el más insoportable. Pero el hombre, como hombre y como cristiano, tiene a su alcance ser paciente alegremente en vistas a lo que nos espera. Porque ¿qué es la paciencia sino una sabia, confiada esperanza? De esta esperanza brota la alegría, la intensa alegría de Dios, de la que somos tan avaros... Habrá dolor, pero habrá hombres que sepan llevarlo, porque habrá gozo: la paciencia y el gozo de los hombres que esperan de Jesucristo la consolación (2 Cor 1,5). Y esta alegría y esta esperanza no faltarán jamás en la Iglesia, venciendo y superando psicológicamente el dolor de nuestras llagas.

BRUCE MARSHALL hace hablar a dos de sus sacerdotes (24):

—"no hay esperanza para la Iglesia, mientras hombres de criterio tan estrecho como el Canónigo Lytri oficien en los altares...

—Siempre hay esperanza para la Iglesia, y no sólo esperanza, sino certidumbre. (Porque) la Iglesia es una larga paciencia, dijo el abate Gaston".

Eso es la Iglesia: una larga escuela de sufrimiento, una larga paciencia: como un inmenso compás de espera y esperanza en el que tiene cabida todo el dolor de los hombres. El sufrimiento todo de la creación es una armonía lograda cuyos sonos llegan hasta Dios, cuya voz y cuya música mismas son Dios mismo en el corazón, en el sufrimiento, en la tristeza y el dolor de todos los hombres.

¿No dijo más de cuanto supo ALBERT CAMUS, cuando escribía: "ese Dios, antiguo como el *dolor* humano y nuevo como la *joven esperanza*"? (25). Ese es Dios, entre el dolor y la esperanza de todos los hombres, el motivo único, verdadero, legítimo de nuestra alegría.

* * *

En busca de una solución a ese desconcierto que plantea el dolor en nuestra vida, tal vez hayamos dicho muchas palabras. Tal vez cuando veamos a uno que sufre no sepamos qué decir, tal vez volvamos a repetir esas viejas frases tan gastadas, tan gastadas: cuyas palabras apenas si se entienden.

Hora será de pensar en silencio cada uno en su dolor y en el de los demás, y buscar su filosofía, su por qué, su adónde: y esperar, entre tanto, a que las viejas palabras tengan tiempo de sonar a nuevas.

(24) *A cada uno un denario*, Ed. Barna, Barcelona 1956, pg. 43.

(25) *La Peste*, Ed. Taurus, Madrid 1957, pg. 193.